

7.º domingo ordinario A



Pues yo os digo:

No hagáis frente al que os agravia. (Mt 5,39)

Primera lectura

Levítico 19,1-2.17-18

Dijo el Señor a Moisés: – Habla a la asamblea de los hijos de Israel y diles: Seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo. No odiarás de corazón a tu hermano. Reprenderás a tu pariente para que no cargues tú con su pecado. No te vengarás ni guardarás rencor a tus parientes, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor.

Segunda lectura

1 Corintios 3,16-23

Hermanos y hermanas: ¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: ese templo sois vosotros. Que nadie se engañe. Si alguno de vosotros se cree sabio en este mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios, como está escrito: "El caza a los sabios en su astucia". Y también: "El Señor penetra los pensamientos de los sabios y conoce que son vanos".

Así, pues, que nadie se gloríe en los hombres, pues todo es vuestro; Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro. Todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.

Evangelio

Mateo 5,38-48

En aquel tiempo dijo Jesús sus discípulos: – Sabéis que está mandado: "Ojo por ojo, diente por diente". Pues yo os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; a quien te requiera para caminar una milla, acompañaile dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas.

Habéis oído que se dijo: – Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos.

Porque si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los paganos? Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.

Meditación

La ley del talión fue necesaria en una cultura primitiva en que la venganza no tenía límite alguno. Cuando fue dada, era una ley verdaderamente "progresista". No debe juzgarse, por tanto, desde la perfección del evangelio. Los mismos judíos se sentían embarazados ante principio tan horrendo y, en lugar de aplicarlo al pie de la letra, lo había cambiado por sanciones pecuniarias.

La ley del talión se basaba en el principio de retribución: haz lo mismo que te hagan. Jesús niega que sea válido aplicar este principio. Afirma que sus discípulos nunca deben buscar la venganza. Deben, más bien, aceptar la humillación, estar dispuestos a sufrir la injusticia que se les hace y prestar el servicio necesario y requerido. Esto debe ser así desde la voluntad de Dios.

Estas exigencias de Jesús no van en contra del orden necesario en la sociedad. El mismo Jesús se constituye en paradigma: pide explicación a quien le ha herido y sufre la humillación; manda incluso a sus discípulos que compren una espada para defenderse de sus enemigos y Pablo apela, para defenderse de la injusticia, a su calidad de ciudadano romano y recurre incluso al tribunal supremo, al César.

En el Antiguo Testamento se halla formulada la ley del amor al prójimo; aunque el concepto de prójimo estaba limitado a los miembros del pueblo de Israel y a todos aquéllos que de alguna manera habían sido incorporados al mismo. La segunda parte "odiarás a tu enemigo" no se halla escrita en ninguna parte de la Biblia. La habían deducido los judíos, a modo de conclusión, de la primera: todos los que no pertenecían al pueblo de Dios eran ídólatras y, por tanto, enemigos de Dios. Ahora bien, como los judíos no conocían término medio entre amor y odio, el sentimiento por los no judíos lo habían formulado en términos de odio.

Jesús eleva el principio del amor al prójimo – limitado por los judíos a los del propio pueblo – a categoría universal, sin hacer ninguna clase de distinción. No hacerlo así equivale a quedarse al nivel de los publicanos que, por solidaridad, estaban unidos entre sí y se amaban; o al nivel de los paganos. Y partiendo de un principio aceptado por los judíos, "debe imitarse la conducta de Dios", Jesús establece el principio del amor universal. Dios no hace distinciones, hace salir el sol para todos. Es una nueva visión e interpretación de Dios, ya que los judíos consideraban que tenían preferencias casi en exclusiva ante él.

La última prescripción obliga, en forma imperativa, a la perfección. Una perfección que consiste en que nuestra vida y actividad constituyan una unidad. Toda para Dios. Sin establecer distinciones ni parcelaciones en el campo de la vida humana.